

🔍 Curiosidades del idioma húngaro

La profesora Benedek se explayó sobre las curiosidades del húngaro y nos explicó interesantes aspectos lingüísticos.

| Por la Prof.^a Susana Benedek

Origen

La mayoría de los idiomas europeos pertenecen a la familia indoeuropea. Está el grupo de lenguas romances, como el español, el portugués, el francés, el italiano, el rumano; el grupo germánico, como el inglés, el alemán, el escocés, el sueco, el danés, el noruego, el yidis; el grupo eslavo, como el ruso, el ucraniano, el croata, el búlgaro, el armenio, el polaco, el griego, el albanés.

Pero, y entonces, ¿a qué grupo pertenece el húngaro? Pues, a ninguno de ellos. No está emparentado con ninguno de ellos.

Según la teoría más extendida y aceptada, el húngaro procede de los Urales, la región límite entre Europa y Asia. La familia urálica de lenguas tiene dos ramas: el samoyedo y el finoúgrico. El húngaro pertenece a la segunda, suele llamárselo lengua finoúgrica. Otras lenguas finoúgricas son el finés, el estonio, el lapón, por ejemplo.

Esta filiación es ampliamente aceptada por los lingüistas, si bien existen otras que pretenden emparentarlo con el turco por los parecidos que tienen o con el huno; sin embargo, la mayoría de esas teorías alternativas no tienen fundamento lingüístico-comparativo alguno, por lo tanto, no son aceptadas por la Academia Húngara de Ciencias y se consideran pseudocientíficas.

Lo que sí podemos decir con certeza absoluta es que es un idioma único, diferente y riquísimo.

Este idioma es hablado por quince millones de personas. Diez millones en el territorio de la actual República Federal de Hungría, tres millones y medio en países limítrofes en la cuenca de los Cárpatos (territorios que pertenecían al estado húngaro hasta 1920) y un millón y medio en el resto del mundo (principalmente Europa, los Estados Unidos, América del Sur, Australia).

Los textos más antiguos en los que ya se hace referencia a los hablantes del húngaro como *magyar* datan del



siglo XII. Se considera que el *Sermón funerario y oración* (1192-1195) es el texto completo más antiguo conservado en húngaro, mientras que los primeros libros impresos en este idioma aparecieron en el siglo XVI. De hecho, el primer libro impreso en húngaro, una traducción de la Biblia, se publicó en 1541. El primer poeta considerable, Bálint Balassi, nació en 1554.

La Reforma (siglo XVI) ayudó mucho a elevar el rango del húngaro porque en las escuelas protestantes la enseñanza se empezó a impartir en ese idioma; incluso la Biblia comenzó a leerse en húngaro y en las escuelas pasó a ser asignatura obligatoria para todos. A comienzos del siglo XIX se inició la reforma lingüística, un movimiento para ampliar el léxico y para crear palabras húngaras en lugar de las de origen latín o alemán (por ejemplo, *pianoforte* derivó en *zongora*).

En 1825 se fundó la Academia Húngara de las Ciencias y al poco tiempo la educación superior también se dictó en húngaro.

Cabe mencionar todavía que el húngaro apenas cuenta con variedades de mayor envergadura. Los dialectos casi no difieren entre sí ni del lenguaje común, ni dificultan la comprensión. Asimismo, la variedad que existe entre el húngaro de la República de Hungría y la de los países limítrofes es escasa.

El húngaro es una lengua aglutinante o «sintética», es decir, expresa la mayoría de los elementos gramaticales con una sola palabra a la que se le

añaden sufijos. Al tener que unir sufijos, se plantea el problema de con qué vocal o vocales hacerlo.

Tiene que ser una que sea armónica, que esté dentro de la regla de «armonía vocálica» del húngaro, basado en el esquema de vocales bajas y altas para asegurar una buena sonoridad del idioma; es como una música, una melodía. La elección de las vocales no es aleatoria, tiene su lógica, tiene su porqué y esto también demuestra la inmensa riqueza del idioma húngaro.

El húngaro es aglutinante, es decir, va pegando sufijos a la palabra base. Claro, se fijan en un orden estricto, y hay posibilidad de más de una sucesión, lo que puede alargar las palabras enormemente, siempre teniendo en cuenta la armonía vocálica.

A la hora de traducir, quizás el mayor desafío es mantener en mente toda la información, ya que el verbo suele estar al final de la frase y tiene una carga muy fuerte de significados, pues en el verbo aparecen el sujeto, el tiempo verbal, el objeto directo definido o indefinido. Hay que llegar al final de la frase para entender lo que está pasando y luego volver para reponer todo el resto de la información. Es un trabajo a la inversa, de atrás para adelante. En trabajos de interpretación hay que tener una muy buena memoria a corto plazo, y es imprescindible tomar notas para no quedarnos en el camino, ya que hay que llegar al verbo final y luego ir volviendo. ■